

Pelones

—¡Hola, amor! ¿Qué tal?

—Bien, cielo. ¿Y tú? ¿Y el peque?

—Genial. En la farmacia muy bien. He vendido otros tres pelones. Este mes recaudamos más.

Cenan, se sientan un rato frente al televisor. Luego se acuestan, se abrazan, acompañan las respiraciones. Aunque están agotados, no dormirán toda la noche de un tirón.

—Dale un millón de besitos al pelón.

—Que tengas buen día.

Camino del hospital, piensa que mañana será sábado. Los sábados y los domingos, a los peques que han pasado bien la semana les dejan salir a comer fuera. Él se ha portado como un campeón: fisio, analíticas y resonancia sin protestar. La próxima semana será dura, toca otra vez quimio.

Al llegar la avisan para pasar por el despacho de oncología:

—Buenos días, Olga. No te preocupes, pero tenemos un poco de fiebre esta mañana. Los oídos le pitan. Apenas puede articular palabra. «No —se dice—. Por favor, no».

—Venga, no te asustes. Él es fuerte. Si mañana no tiene fiebre, podréis comer juntos. Ya hemos hecho analíticas, a ver de dónde viene. Vamos a controlarla. Sé animosa, hazlo por él.

La fiebre va y viene. Se suspende el Finde Antártico, pero el peque no pierde la sonrisa.

—«La hembra pone un único huevo que es incubado ini... inicialmente por el macho, mientras que ella regresa al mar para alimentarse; poste...riormente se turnan entre el mar y el cuidado de sus polluelos».

Coge al pelón, le quita el pañuelo:

—¿Ves? Ahora somos huevos, por eso somos pelones. Pero pronto seremos pollitos, pingüinos, incluso Emperadores. Cuando seamos Emperadores saldremos del hospital.

Mira a su madre:

—Somos una familia de Emperadores, ¿verdad?

—Sí, amor. Hacemos todo igual: cuidarte, alimentarnos, prepararte el nido para cuando salgas.

—No sé si quiero salir. Aquí estoy bien. Todos me cuidan. Tomamos las medicinas,

nos ponen en la máquina que cura. Tenemos nuestros pelones. Afuera me da miedo.

—No, amor. Cuando puedas salir será porque ya estarás bueno. Verás cómo la vida es aún mejor.

—No sé, no sé... Venga, sigue leyendo lo de los pingüinos.

Enseguida se amodorra. Ha vuelto la fiebre.

A media mañana entra un nuevo ingreso. Olga saca de la taquilla un pelón en su caja y se lo regala. La chiquilla lo acepta con una sonrisa dulce, aunque triste. Ella cogerá esta tarde de la farmacia otro par de pelones para tener de reserva.

Un año más tarde no hay peque, ni nido en casa, ni emperadores. El libro quedó en la Biblioteca de Oncología Infantil, con su foto pegada en la primera página. Unos ojos valientes bajo un pañuelo estampado con pingüinos que tapaba su cabecita calva, tan calva como un huevo. Al lado del libro, el pelón con su pequeño pañuelo idéntico al del niño.

Aunque cuesta no pensar en el peque, en la fiebre que no cedió, en la última quimio que quedó sin poner, Olga sigue vendiendo pelones solidarios en su farmacia y llevándolos al hospital, ningún niño enfermo sin su pelón.